

*Londres, 22 de agosto, 1940 (TASS).– La radio londinense ha comunicado hoy: «En un hospital de la Ciudad de México, murió León Trotski de resultas de una fractura de cráneo producida en un atentado perpetrado el día anterior por una persona de su entorno más inmediato».*

Leandro Sánchez Salazar: ¿Él no estaba desconfiado?

Detenido: No.

L.S.S.: ¿No pensó que era un indefenso anciano y que usted estaba obrando con toda cobardía?

D.: Yo no pensaba nada.

L.S.S.: De donde él alimentaba a los conejos se fueron caminando, ¿de qué hablaban?

D.: No me acuerdo de si iba hablando o no.

L.S.S.: ¿Él no vio cuando tomaste el piolet?

D.: No.

L.S.S.: Inmediatamente después de que le asestaste el golpe, ¿qué hizo este señor?

D.: Saltó como si se hubiera vuelto loco, dio un grito como de loco, el sonido de su grito es una cosa que recordaré toda la vida.

L.S.S.: Di cómo hizo, a ver.

D.: ¡A.....a.....a.....ah.....! Pero muy fuerte.

(Del interrogatorio al que el coronel Leandro Sánchez Salazar, jefe del servicio secreto de la policía de México D.F., sometió a Jacques Mornard Vandendreschs, o Frank Jacson, presunto victimario de León Trotski, la noche del viernes 23 y la madrugada del sábado 24 de agosto de 1940.)

[...]

«La mierda petrificada del presente»... Liev Davidovich lanzó el periódico contra la pared y abandonó el estudio de trabajo. Mientras bajaba las escaleras, de la cocina le llegó el olor del cabrito estofado que Natalia preparaba para la cena, y le pareció obsceno aquel aroma goloso. Tras su mesa de trabajo contempló a la hermosa Sara Weber, que tecleaba con aquella velocidad que en ese instante se le antojó automática, definitivamente inhumana. Cruzó la puerta de acceso al jardín yermo y los policías turcos le sonrieron, disponiéndose a seguirlo, y él los detuvo con un gesto. Los hombres hicieron como que acataban su deseo, pero no lo perderían de vista, pues la orden recibida era demasiado precisa: sus vidas dependían de que el exiliado no perdiera la suya.

La belleza del mes de abril en Prínkipo apenas lo rozó mientras, seguido por *Maya*, descendía la duna que moría en la costa. ¿Qué angustias podían atenzar al cerebro de un hombre sensible y expansivo como Maiakovski para que hubiera renunciado voluntariamente al perfume de un estofado, a la magia de un atardecer, a la visión del encanto femenino y se encerrara en el mutismo irreversible de la muerte?, se preguntó y avanzó por la orilla para observar la elegante carrera de su perra, un regalo de la naturaleza que también le pareció ofensivamente armónico.

Tres años atrás, cuando estaban a punto de expulsarlo de Moscú y su buen amigo Yoffe se había pegado un tiro, buscando que su acto provocara una conmoción capaz de mover las conciencias del Partido e impidiera la catastrófica defenestración de Liev Davidovich y sus camaradas, él había pensado que el dramatismo del hecho tenía un sentido en la lucha política, aun cuando no compartiera semejante salida. Pero la noticia recién leída lo había sacudido por la magnitud de la castración mental que encerraba su mensaje. ¿Qué alturas habían alcanzado la mediocridad y la perversión para que el poeta Vladimir Maiakovski, precisamente Maiakovski, decidiera evadirse de sus tentáculos quitán-

dose la vida? La mierda petrificada del presente de la que se espantaba el poeta en sus últimos versos, ¿se había desbordado hasta empujarlo al suicidio? La nota oficial pergeñada en Moscú no podía ser más ofensiva con la memoria del artista que con más entusiasmo había luchado por un arte nuevo y revolucionario, el que con más fervor entregara al espíritu de una sociedad inédita su poesía cargada de gritos, caos, armonías rotas y consignas triunfales, el que más se empeñó en resistir, en soportar las sospechas y presiones con que la burocracia asestaba a la inteligencia soviética. La nota hablaba de una «decadente sensación de fracaso personal», y como en la retórica implantada en el país la palabra decadencia se aplicaba al arte, la sociedad, la vida burguesas, al hacer «personal» el fracaso, estaban reafirmando con calculada mezquindad aquella condición individual que solo podía existir en el artista burgués que, solían decir, todo creador siempre arrastraba, como el pecado original, por más revolucionario que se proclamase. La muerte del escritor, aclaraban, nada tenía que ver con «sus actividades sociales y literarias», como si fuera posible desligar a Maiakovski de acciones que eran, ni más ni menos, su respiración.

Algo demasiado maligno y repelente tenía que haberse desatado en la sociedad soviética si sus más fervientes cantores comenzaban a dispararse balazos en el corazón, asqueados ante la náusea que les provocaba la mierda petrificada de su presente. Aquel suicidio era, bien lo sabía Liev Dávídovich, una dramática confirmación de que habían comenzado tiempos más turbulentos, de que los últimos rescoldos del matrimonio de conveniencia entre la Revolución y el arte se habían apagado, con el previsible sacrificio del arte: tiempos en los que un hombre como Maiakovski, disciplinado hasta la autoaniquilación, podía sentir en su nuca el desprecio de los amos del poder, para quienes poetas y poesía eran aberraciones de las cuales, si acaso, se podían valer para reafirmar su preeminencia, y de las que se prescindía cuando no se las necesitaba.

Liev Dávídovich recordó que varios años atrás había escrito que a Tolstói la historia lo había vencido, pero sin quebrarlo. Hasta sus últimos días aquel genio había sabido guardar el don precioso de la indignación moral y por eso lanzaba contra la autocracia su grito de «¡No puedo callarme!». Pero Maiakovski, obligándose a ser un creyente, se había callado y por eso terminó quebrado. Le faltó valor para irse al exilio cuando otros los hicieron; para dejar de escribir cuando otros partieron sus plumas. Se empeñó en ofrecer su poesía a la participación política y sacrificó su Arte y su propio espíritu con ese gesto: se esforzó tanto por ser un militante ejemplar que tuvo que suicidarse

para volver a ser poeta... El silencio de Maiakovski presagiaba otros silencios tanto o más dolorosos que, con toda seguridad, se sucederían en el futuro: la intolerancia política que invadía a la sociedad no descansaría hasta asfixiarla. Como sofocaron al poeta, como tratan de ahogarme a mí, escribiría el exiliado, varado junto al opresivo Mar de Mármara que lo rodeaba hacía ya un año.

[...]

[...]

–Sí, dile que sí.

Por el resto de sus días Ramón Mercader recordaría que, apenas unos segundos antes de pronunciar las palabras destinadas a cambiarle la existencia, había descubierto la malsana densidad que acompaña al silencio en medio de la guerra. El estrépito de las bombas, los disparos y los motores, las órdenes gritadas y los alaridos de dolor entre los que había vivido durante semanas, se habían acumulado en su conciencia como los sonidos de la vida, y la súbita caída a plomo de aquel mutismo espeso, capaz de provocarle un desamparo demasiado parecido al miedo, se convirtió en una presencia inquietante, cuando comprendió que tras aquel silencio precario podía agazaparse la explosión de la muerte.

En los años de encierro, dudas y marginación a que lo conducirían aquellas cuatro palabras, muchas veces Ramón se empeñaría en el desafío de imaginar qué habría ocurrido con su vida si hubiera dicho que no. Insistiría en recrear una existencia paralela, un tránsito esencialmente novelesco en el que nunca había dejado de llamarse Ramón, de ser Ramón, de actuar como Ramón, tal vez lejos de su tierra y sus recuerdos, como tantos hombres de su generación, pero siendo siempre Ramón Mercader del Río, en cuerpo y, sobre todo, en alma.

Caridad había llegado unas horas antes, acompañada por el pequeño Luis. Habían viajado desde Barcelona, a través de Valencia, conduciendo el potente Ford, confiscado a unos aristócratas fusilados, en el que solían moverse los dirigentes comunistas catalanes. Los salvoconductos, adornados con un par de firmas capaces de abrir todos los controles militares republicanos, les habían permitido llegar hasta la ladera de aquella montaña agreste de la Sierra de Guadarrama. La temperatura, varios grados bajo cero, los había obligado a permanecer en el interior del auto, cubiertos con mantas y respirando el aire viciado por los cigarrillos de Caridad, que colocaron a Luis al borde de la náusea. Cuando por fin Ramón consiguió bajar hasta la seguridad de la ladera, molesto por lo que consideraba una de las habituales intromisiones

de su madre en la vida de cuantos se relacionaban con ella, su hermano Luis dormía en el asiento trasero y Caridad, con un cigarrillo en la mano, daba paseos alrededor del auto, pateando piedras y maldiciendo el frío que la hacía bufar nubes condensadas. Apenas lo divisó, la mujer lo envolvió con su mirada verde, más fría que la noche de la sierra, y Ramón recordó que desde el día que se reencontraron, hacía más de un año, su madre no le daba uno de aquellos besos húmedos que, cuando era niño, solía depositar con precisión en la comisura de sus labios para que el sabor dulce de la saliva, con un persistente regusto de anís, bajara hasta sus papilas y le provocara la agobiante necesidad de preservarlo en la boca más tiempo del que le concedía la acción de sus propias secreciones.

Hacía varios meses que no se veían, desde que Caridad, convaleciente de las heridas recibidas en Albacete, fuera comisionada por el Partido y emprendiera un viaje a México con la tarea de recabar ayuda material y solidaridad moral para la causa republicana. En ese tiempo la mujer había cambiado. No era que el movimiento de su brazo izquierdo aún se viera limitado por las laceraciones provocadas por un obús; no debía de ser tampoco a causa de la reciente noticia de la muerte de su hijo Pablo, el adolescente a quien ella misma había obligado a marchar al frente de Madrid, donde había sido destrozado por las orugas de un tanque italiano: Ramón lo achacó a algo más visceral que descubriría esa noche en que su vida empezó a ser otra.

—Llevo seis horas esperándote. Ya casi va a amanecer y no aguanto más tiempo sin tomarme un café —fue el saludo de la mujer, dedicada a aplastar el cigarrillo con la bota militar, mientras observaba el pequeño perro lanudo que acompañaba a Ramón.

En la distancia, los cañones tronaban y los motores de los aviones de combate eran un retumbar envolvente que bajaba desde un lugar ubicuo de un cielo desprovisto de estrellas. ¿Irás a nevar?, pensó Ramón.

—No podía soltar el fusil y salir corriendo —dijo él—. ¿Cómo estás? ¿Y Luisito?

—Desesperado por verte, por eso lo he traído. Yo estoy bien. ¿Y ese perro?

Ramón sonrió y miró al animal, que olisqueaba las ruedas del Ford.

—Vive con nosotros en el batallón... Se me ha pegado como una lapa. Es bonito, ¿no? —y se acuclilló—. ¡Churro! —susurró, y el animal se acercó moviendo la cola. Ramón le acarició las orejas mientras lo limpiaba de abrojos. Levantó la vista—. ¿Por qué has venido?

Caridad lo miró a los ojos, más tiempo del que el joven podía soportar sin desviar la mirada, y Ramón se incorporó.

–Me han enviado para que te haga una pregunta...

–No puedo creerlo... ¿Has venido hasta aquí para hacerme una pregunta? –Ramón trató de sonar sarcástico.

–Pues sí. La pregunta más importante: ¿qué estarías dispuesto a hacer para derrotar al fascismo y por el socialismo?... No me mires así, que no bromeo. Necesitamos oírlo de tus labios.

Ramón volvió a sonreír, sin alegría. ¿Por qué le hacía esa pregunta?

–Pareces un oficial de reclutamiento... ¿Tú y quién más lo necesita? ¿Esto es cosa del Partido?

–Responde y después te lo explico –Caridad se mantenía seria.

–No sé, Caridad. Pues lo que estoy haciendo, ¿no? Jugarme la vida, trabajar para el Partido... No dejar que esos hijos de puta fascistas entren en Madrid.

–No es suficiente –dijo ella.

–¿Cómo que no es suficiente? No vengas a complicarme...

–Luchar es fácil. Morir, también... Miles de personas lo hacen... Tu hermano Pablo... Pero ¿estarías dispuesto a renunciar a todo? Y cuando digo todo, es todo. A cualquier sueño personal, a cualquier escrupulo, a ser tú mismo...

–No lo entiendo, Caridad –dijo Ramón, con toda su sinceridad y una naciente alarma instalada en el pecho-. ¿Hablas en serio? ¿No podrías ser más clara?... Yo tampoco puedo pasarme aquí toda la noche –y señaló hacia la montaña de la que había bajado.

–Creo que ya estoy hablando muy claro –dijo ella y extrajo otro cigarrillo. En el instante en que prendió la cerilla, el cielo se iluminó con el destello de una explosión y la portezuela trasera del auto se abrió. El joven Luis, cubierto con una manta, corrió hacia Ramón, resbalando sobre el suelo helado, y se estrecharon en un abrazo.

–Pero, caray, Luisito, estás hecho un hombre.

Luis se sorbió los mocos sin soltar a su hermano.

–Y tú estás flaquísimo, tío. Te toco los huesos.

–Es la puta guerra.

–¿Y ése es tu perro? ¿Cómo se llama?

–Es *Churro*... No es mío, pero como si lo fuera. Apareció un día...

–Luis silbó y el animal vino hasta sus pies-. Aprende rápido, y es más bueno... ¿Quieres llevártelo? –Ramón acarició los cabellos revueltos de su hermano menor y con los pulgares le limpió los ojos.

Luis miró a su madre, indeciso.

–Ahora no podemos tener perros –afirmó ella y fumó con avidez-. A veces no tenemos ni para comer nosotros.

–*Churro* come cualquier cosa, casi nada –dijo Ramón e instintivamente levantó los hombros para protegerse cuando un cañón retumbó en la distancia–. Con lo que te gastas en tabaco, come una familia.

–Mis cigarrillos no son tu problema... Anda, Luis, vete con el perro, necesito hablar con Ramón –exigió Caridad, y caminó hacia una encina cuyas hojas habían logrado resistir el agresivo invierno en la sierra.

Ya bajo el árbol, Ramón volvió a sonreír al observar el retozo de Luis y el pequeño *Churro*.

–¿Me vas a decir a qué has venido? ¿Quién te ha enviado?

–Kotov. Quiere proponerte algo muy importante –dijo ella y volvió a colocarlo bajo el cristal verde de su mirada.

–¿Kotov está en Barcelona?

–De momento. Quiere saber si estás dispuesto a trabajar con él.

–¿En el ejército?

–No, en cosas más importantes.

–¿Más que la guerra?

–Mucho más. Esta guerra se puede ganar o se puede perder, pero...

–¡Qué coño dices! No podemos perder, Caridad. Con lo que están enviando los soviéticos y con las gentes de las Brigadas Internacionales, vamos a joder uno por uno a todos esos fachas...

–Eso estaría bien, pero dime... ¿Tú crees que se puede ganar la guerra con los trotskos haciéndoles señas a los fascistas en la trinchera de al lado y con los anarquistas llevando a votación las órdenes de combate?... Kotov quiere que trabajes en cosas importantes de verdad.

–¿Importantes como qué?

La explosión sacudió la montaña, demasiado cerca de donde estaban los tres. El instinto impulsó a Ramón a proteger a Caridad con su propio cuerpo y rodaron por el suelo congelado.

–Voy a volverme loco. ¿Esos maricones no duermen? –dijo, de rodillas, mientras sacudía una manga del capote de Caridad.

Ella le detuvo la mano y se inclinó a recoger el cigarrillo humeante. Ramón la ayudó a ponerse de pie.

–Kotov piensa que eres un buen comunista y puedes ser útil en la retaguardia.

–Cada vez hay más comunistas en España. Desde que llegaron los soviéticos y las armas, la gente piensa distinto de nosotros.

–No lo creas, Ramón. La gente nos tiene miedo, a muchos no les gustamos. Éste es un país de imbéciles, beatos hipócritas y fascistas de nacimiento.

Ramón observó cómo su madre exhalaba el humo del cigarrillo, casi con furia.

–¿Y para qué me quiere Kotov?

–Ya te lo he dicho: algo más importante que disparar un fusil en una trinchera llena de agua y de mierda.

–No me imagino qué puede querer de mí... Los fascistas están avanzando, y si toman Madrid... –Ramón negó con la cabeza cuando descubrió una leve presión en el pecho–. Coño, Caridad, si no te conociera diría que has hablado con Kotov para que me aleje del frente. Después de lo que le pasó a Pablo...

–Pero me conoces... –lo cortó ella–. Las guerras se ganan de muchas maneras, deberías saberlo... Ramón, quiero estar lejos de aquí antes de que amanezca. Necesito una respuesta.

¿La conocía? Ramón la miró y se preguntó qué había quedado de la mujer refinada y mundana con la que él, sus hermanos y su padre solían caminar las tardes de domingo por la plaza de Cataluña en busca de los restaurantes de moda o de la elegante heladería italiana recién abierta en el paseo de Gracia: de aquella mujer no quedaba nada, pensó. Ahora Caridad era un ser andrógino que hedía a nicotina y sudores enquistados, hablaba como un comisario político y solo pensaba en las misiones del Partido, en la política del Partido, en las luchas del Partido.

Sumido en sus cavilaciones el joven no había percibido que, tras la explosión del obús que los lanzara al suelo, sobre la sierra se había instalado un compacto silencio: como si el mundo, vencido por el agotamiento y el dolor, se hubiera dormido. Ramón, tanto tiempo sumergido en los ruidos de la guerra, parecía haber extraviado la capacidad de escuchar el silencio, y en su mente, ya alterada por la posibilidad de un regreso, en ese momento flotaba el recuerdo de la Barcelona efervescente de la que había salido unos meses antes y la imagen tentadora de la joven que le había dado un sentido profundo a su vida.

–¿Has visto a África? ¿Sabes si sigue trabajando con los soviéticos? –preguntó, apenado por la persistencia de una debilidad hormonal de la que no había logrado deshacerse.

–¡Eres pura fachada, Ramón! Saliste blando como tu padre –dijo Caridad, buscando sus partes sensibles. Ramón sintió que podía odiar a su madre, pero tuvo que darle la razón: África era una adicción que lo perseguía.

–Te he preguntado si ella sigue en Barcelona.

–Sí, sí..., anda con los asesores. Hace unos días la vi en La Pedrera.

Ramón observó que los cigarrillos de Caridad eran franceses, muy perfumados, tan distintos de los canutos malolientes que se pasaban sus compañeros de batallón.

-Dame un pitillo.

-Quédatelos... -ella le entregó el paquete-. Ramón, ¿serías capaz de renunciar a esa mujer?

Él presentía que una pregunta así podía llegar y sería la más difícil de responder.

-¿Qué es lo que quiere Kotov? -insistió, evadiendo la respuesta.

-Ya te lo he dicho, que renuncies a todo lo que durante siglos nos dijeron que era importante, solo para esclavizarnos.

A Ramón le pareció estar escuchando a África. Era como si las palabras de Caridad brotaran de la misma torre del Kremlin, de las mismas páginas de *El capital* de donde salían las de África. Y en ese instante tuvo noción del silencio que los envolvía desde hacía varios minutos. Caridad era África, África era Caridad, y la renuncia a todo lo que había sido se le exigía ahora como un deber, mientras aquel mutismo doloroso y frágil se posaba sobre su conciencia, cargando el temor de que en el próximo minuto su cuerpo pudiera ser quebrado por el obús, la bala, la granada todavía agazapada pero ya destinada a destrozarle la existencia. Ramón comprendió que temía más al silencio que a los rugidos perversos de la guerra, y deseó estar lejos de aquel lugar. Fue entonces cuando dijo, sin saber que colgaba su vida de aquellas pocas palabras:

-Sí, dile que sí.

Caridad sonrió. Tomó el rostro de su hijo y, con su precisión alevosa, le estampó un beso demorado en la comisura de los labios. Ramón percibió que la saliva de la mujer se filtraba hacia la suya, pero no pudo encontrar ahora el sabor del anís, ni siquiera el de la ginebra que le entregara la última vez que lo había besado: solo recibió el dulzor asqueante del tabaco y la acidez fermentada de una mala digestión.

-En unos días te reclamarán desde Barcelona. Estaremos esperándote. Tu vida va a cambiar, Ramón, mucho -dijo y se sacudió la tierra-. Ahora me voy. Está amaneciendo.

Como si fuera algo casual, Ramón escupió, girando la cabeza, y encendió un cigarrillo. Avanzó tras Caridad hacia el auto, del que Luis bajó con *Churro* entre sus brazos.

-Suelta el perro y despídete de Ramón.

Luis la obedeció y volvió a abrazar a su hermano.

-Nos veremos pronto en Barcelona. Te llevaré a que te inscribas en las Juventudes. Ya has cumplido los catorce, ¿no?

Luis sonrió.

-¿Y me alistarás en el ejército? Todos los comunistas se han pasado al Ejército Popular...

–No te apures, Luisillo –Ramón sonrió y lo apretó contra sí. Sobre la cabeza del muchacho descubrió la mirada, otra vez perdida, de Caridad. Esquivó la incertidumbre que le provocaban los ojos de su madre y entrevió, con las primeras luces del día, la silueta pétrea y hostil de El Escorial–. Mira, Luisito, El Escorial. Yo estoy al otro lado, por esa ladera.

–¿Y siempre hace este frío?

–Un frío que pela.

–Nos vamos. Sube, Luis –Caridad interrumpió a sus hijos, y Luis, luego de despedirse de Ramón con el saludo de los milicianos, rodeó el auto para ocupar el asiento del copiloto.

–Si ves a África, dile que iré pronto –casi susurró Ramón.

Caridad abrió la portezuela del auto, pero se detuvo y volvió a cerrarla.

–Ramón, de más está decirte que esta conversación es secreta. Desde este momento métete en la cabeza que estar dispuesto a renunciar a todo no es una consigna: es una forma de vida –y el joven vio cómo su madre se abría el capote militar y extraía una Browning reluciente. Caridad dio unos pasos y sin mirar a su hijo preguntó–: ¿Estás seguro de que puedes?

–Sí –dijo Ramón en el instante en que el estallido de una bomba iluminó una ladera remota de la montaña, mientras Caridad, con el arma en la mano, colocaba a *Churro* en el punto de mira y, sin dar tiempo a que su hijo reaccionara, le disparaba en la frente. El animal rodó, empujado por la fuerza del plomo, y su cadáver comenzó a congelarse en la alborada fría de la Sierra de Guadarrama.

[...]

[...]

La costa se había llenado de algas grises y marronas, cadáveres hinchados de medusas violáceas, maderas gastadas y piedras vomitadas por el mar la noche anterior, durante la entrada de un frente frío. En

toda la franja de arena que abarcaba la mirada no se veía una sola persona. El sol entibiaba el ambiente y aunque en la playa el aire del norte batía fresco, sostenido, se podía resistir con el j́acket ligero que yo llevaba ese día. Como me había adelantado a la hora fijada para la cita, caminé un rato por la orilla. Medio ocultos por unas algas felpudas, vi entonces aquellos pedazos de madera renegrida que parecían formar una cruz y que, de hecho, eran los brazos de una cruz. La madera, corroída, advertía que tal vez aquella cruz –de unos cuarenta por veinte centímetros– llevaba mucho tiempo a merced del mar y la arena, pero a la vez resultaba evidente que recién había arribado a la costa, empujada por el oleaje del último frente frío. Nada la hacía particular: eran solo dos piezas de madera oscura, muy densa, erosionadas, devastadas seguramente con una gubia, cruzadas y fijadas entre sí por dos tornillos oxidados. Sin embargo, aquella cruz rústica, quizás por su desgastada madera, quizás por estar donde estaba (¿de dónde había venido, a quién había pertenecido?), me atrajo tanto que, a pesar de mi ateísmo, decidí cargar con ella luego de lavarla en el mar. La cruz del naufragio, la llamé, aun cuando no tenía idea de su origen y sin sospechar por cuánto tiempo me acompañaría.

Como si fuera inmune a la temperatura, López apareció vestido solo con una camisa gris, de mangas cortas, adornada con unos bolsillos enormes. Los borzois, hechos para temperaturas siberianas, parecían más que felices. El negro, siempre entre las casuarinas, se arropaba en un capote militar y en algún momento pareció quedarse dormido.

Desde el instante en que el hombre me había convocado para aquella conversación, apenas había podido pensar en otra cosa. Había hecho un resumen mental de lo poco que conocía de él y no encontré un resquicio para filtrar alguna especulación sobre el origen de aquella necesidad de verme y, era de esperar, hablarme de algo presumiblemente importante (que él prefería, o exigía, que Raquelita no oyera). Hasta el momento en que nos encontramos estuve barajando muchas posibilidades: que el hijo de López también fuera maricón; que López tuviera alguna buena influencia para ayudar a William en su reclamación; y, por supuesto, casi de oficio pensé que tal vez López ocultaba la intención de comentar mis opiniones en algún sitio y se preparara para regresar con alguna persona capaz de complicarme la vida, justo cuando yo había eliminado todos mis sueños y ambiciones (creo que incluso mis cada vez más moribundas pretensiones literarias) y nada más deseaba un poco de paz, como el pájaro adoctrinado que acepta gustoso la rutina segura de su jaula... Fuera por la razón que fuese, lo que iba a ocurrir debía ocurrir, había concluido, y poco antes de

las cuatro de la tarde había llegado a Santa María del Mar, sin mi raqueta de tenis y hasta sin un libro para leer.

López sonrió al verme con la cruz de madera en la mano. Le expliqué cómo la había hallado y él me pidió verla.

–Parece muy vieja –dijo, mientras la estudiaba–. Este tipo de tornillos ya no se fabrica.

–Es de un naufragio –comenté, por decir algo.

–¿De los que se van de Cuba en palanganas? –su pregunta destilaba una burlona ironía.

–No sé. Sí, puede ser...

–La cruz estaba ahí, esperando a que tú la encontraras –dijo, ahora con toda seriedad, mientras me la devolvía, y la idea me gustó. Si hasta ese momento había tenido alguna duda de qué hacer con la cruz, la posibilidad de que el hallazgo fuese algo más que una casualidad me convenció de que tenía que cargar con ella, pues solo en ese instante tuve la certeza de que debía de haber sido muy importante para alguien a quien nunca conocería. ¿Se me ocurrían cosas así porque todavía, a pesar de los pesares, yo podía reaccionar como un escritor? ¿Cuándo perdí esa capacidad y tantas, tantas otras?

En lugar de sentarnos en la arena, aprovechamos unos bloques de hormigón situados muy cerca del mar. Esa tarde López había traído una bolsa con un termo lleno de café y dos pequeños vasos plásticos, en los que sirvió varias veces de la infusión. En cada ocasión que bebía café, extraía de un bolsillo de su camisa una cajetilla de cigarros y su pesada fosforera de bencina, capaz de imponerse a los soplos de la brisa.

Además del café, el hombre que amaba a los perros traía también una mala noticia.

–Tenemos que sacrificar a *Dax* –me dijo cuando nos acomodamos y miró hacia donde los borzois corrían, chapoteando en el agua.

Sorprendido por aquellas palabras, volteeé la cabeza para ver a los animales.

–¿Qué pasó? –pregunté.

–Hace dos días lo vio el veterinario...

–¿Cómo un veterinario puede decirle que sacrifique a un perro como ése? ¿Mordió a alguien? ¿No ve cómo corre, que está normal? López se tomó su tiempo para responder.

–Tiene un tumor en la cabeza. Morirá en cuatro o cinco meses, y en cualquier momento va a empezar a sufrir y puede volverse incontrolable.

Entonces fui yo quien permaneció en silencio.

–Lo que lo ponía agresivo era eso, no el calor... –agregó López.

–¿Le hicieron placas? –volví a mirar hacia los animales.

–Y otros análisis. No hay posibilidades de que estén equivocados... Esto me tiene destrozado. Nadie se puede imaginar lo que quiero a esos perros.

–Me lo imagino –musité, recordando la muerte de *Curry*, un ratonero mocho que vivió conmigo toda mi niñez y parte de mi juventud.

–En Moscú y aquí en La Habana ellos han sido como dos amigos. Me gusta hablar con ellos. Les cuento mis cosas, mis recuerdos, y siempre les hablo en catalán. Y te juro que me entienden... Cuando *Dax* empiece a empeorar y yo me haya hecho a la idea... ¿tú serías capaz de ayudarme en esto?

En un primer momento no entendí la pregunta. Después comprendí que López me pedía que lo ayudara a sacrificar a *Dax* y reaccioné.

–No, yo no soy veterinario... Y aunque lo fuera, no, no podría hacerlo.

El hombre se mantuvo en silencio. Se sirvió más café y buscó uno de sus cigarros.

–Claro, no sé por qué te he pedido eso... Es que no sé cómo coño voy a...

En ese instante creí percibir que algo más terrible que la suerte de un perro enfermo rondaba al hombre, y casi de inmediato obtuve la confirmación.

–Si a mí me dijeran que estoy enfermo como *Dax*, me gustaría que alguien me ayudara a salir rápido del trance. Los médicos a veces son increíblemente crueles. Cuando llega lo inevitable deberían ser más humanos y tener una mejor idea de lo que es el sufrimiento.

–Los médicos sí lo saben, pero no pueden hacerlo. Los veterinarios también lo saben y tienen esa licencia para matar. Busque a uno que...

Sentí que me introducía en un terreno pantanoso y perdía movilidad, posibilidades de escape. Pero aún estaba muy lejos de imaginar hasta qué niveles me hundiría en una fosa que resultó estar rebosante de odio y sangre y frustración.

–Yo también voy a morirme –me dijo al fin el hombre.

–Todos vamos a morirnos –traté de salir del trance con una obviedad.

–Los médicos no me encuentran nada, pero yo sé que me estoy muriendo. Ahora mismo me estoy muriendo –insistió.

–¿Por los mareos? –yo seguí aferrado a mi lógica y a mi papel de bobo–. La cervical... Hasta hay parásitos tropicales que provocan vértigos.

–No jodas, muchacho. No te hagas el tonto y escucha lo que te estoy diciendo: ¡que me estoy muriendo, coño!

Me pregunté qué carajo estaba pasando: ¿por qué, si apenas nos conocíamos, aquel hombre me escogía para confiarme que se estaba muriendo y que deseaba tener una persona capaz de abreviarle los sufrimientos? ¿Para eso me había citado? Entonces sentí miedo.

–No sé por qué usted...

López sonrió. Movi6 el tal6n del zapato en la arena hasta hacer un surco. En ese momento yo temía a6n m6s las palabras que aquel hombre podr6a decirme.

–El pretexto para ir a Mosc6 fue que me invitaban a la celebraci6n del sesenta aniversario de Octubre. Pero necesitaba ir para ver a dos personas. Pude verlas y tuve con ellas unas conversaciones que est6n acabando conmigo.

–¿Con qui6n habl6?

El hombre detuvo el movimiento del pie y mir6 su mano vendada.

–Iv6n, yo he visto la muerte tan de cerca como t6 no eres capaz de concebirlo. Creo que lo s6 todo sobre la muerte.

Lo recuerdo como si me hubiera ocurrido ayer: en ese preciso momento fue cuando verdaderamente sent6 miedo, miedo real, adem6s del l6gico asombro ante aquellas impensables palabras. Porque nunca en mi vida pudo haberseme ocurrido que alguien confesara su capacidad de saberlo todo sobre la muerte. ¿Qu6 se hace en una situaci6n as6? Yo mir6 al hombre y dije:

–Cuando estuvo en la guerra, ¿no?

Él asintió en silencio, como si mi precisi6n no fuera importante, y luego dijo:

–Pero soy incapaz de matar a un perro. Te lo juro.

–La guerra es otra cosa...

–La guerra es una mierda –solt6 el hombre, casi con furia–. En la guerra o matas o te matan. Pero yo he visto lo peor de los seres humanos, sobre todo fuera de la guerra. T6 no puedes imaginarte de lo que es capaz un hombre, de lo que pueden hacer el odio y el rencor cuando los han alimentado bien...

M6s o menos a esas alturas pens6: est6 bueno ya de rodeos y tonter6as. Lo mejor que podr6a hacer era ponerme de pie y terminar aquella conversaci6n que no podr6a conducir a nada agradable. Pero no me mov6 de mi piedra, como si en realidad hubiera deseado saber ad6nde ir6a a parar aquella disquisici6n del hombre que amaba a los perros. ¿Me interesaba?: hasta aquel instante lo que me hab6a movido era pura inercia. Pero entonces el hombre encendi6 los motores:

–Hace unos años un amigo me contó una historia –de pronto la voz de López me pareció la de otra persona–. Es una historia que conocieron a fondo muy pocas personas, y casi todas están muertas. Por supuesto, me pidió que no la contara, pero hay algo que me preocupa.

Yo había decidido no volver a hablar, pero López me conminaba.

–¿Qué cosa?

–Mi amigo murió... Y cuando yo muera, y cuando muera la otra única persona que, según sé, conoce casi todos los detalles, esa historia se perderá. La verdad de la historia, quiero decir.

–¿Y por qué no la escribe?

–Si ni siquiera debo contársela a mis hijos, ¿cómo voy a escribirla?

Asentí, y me alegré de que el hombre buscara otro cigarro: la acción me liberaba del compromiso de hacer alguna pregunta.

–Te he pedido que vinieras hoy porque quiero contarte esa historia, Iván –me dijo el hombre que amaba a los perros–. Lo he pensado mucho y estoy decidido. ¿Quieres oírla?

–No sé –dije, casi sin pensarlo, y era totalmente sincero. Después me preguntaría si aquella había sido la respuesta más inteligente a una de las preguntas más insólitas que me habían hecho en la vida: ¿uno puede querer o no querer que le cuenten una historia que no conoce, de la cual no tiene ni la más puta idea? Pero en ese momento era la única respuesta a mi alcance.

–Es una historia tremenda, ya verás como no exagero. Pero antes de contártela voy a pedirte dos cosas.

Esta vez conseguí mantener la boca cerrada.

–Primero, que no me trates más de usted. Así será más fácil explicártelo todo. Y después, que no se la cuentes a nadie, ni siquiera a tu mujer, por eso te pedí que vinieras solo. Pero, sobre todo, no quiero que la escribas.

Miré fijamente al hombre. El miedo no me abandonaba y mi cerebro era un farrago de ideas, pero había una que sacaba la cabeza.

–Si no debe hablar de eso..., ¿por qué quiere contármela a mí?, ¿qué va a resolver con eso?

El hombre apagó el cigarro hundiéndolo en la arena.

–Necesito contarla aunque sea una vez en mi vida. No puedo morir sin contársela a alguien. Ya verás por qué... Ah, y no me trates más de usted, ¿vale?

Asentí, pero mi mente iba desbocada por un solo sendero.

–Sí, está todo muy bien, pero ¿por qué me la quieres contar a mí? Tú sabes que yo escribí un libro –agregué, como si levantara un escudo de papel bajo el filo de una espada de acero.

–Porque no tengo otra persona mejor a quien contársela, aunque a veces me parece que te he conocido para poder contártela. Además, creo que a ti te enseñará algo.

–¿De la muerte?

–Sí. Y de la vida. De las verdades y las mentiras. A mí me enseñó mucho, aunque un poco tarde...

–¿De verdad no tienes a nadie a quien contarle esa historia? Un amigo, no sé... ¿Y tu hijo?

–No, a él no... –la reacción fue demasiado ríspida, como defensiva, pero de inmediato su tono cambió–. Él sabe algo, pero... A uno de mis hermanos le conté una parte, no todo... Y hace mucho tiempo que no tengo amigos, lo que se entiende por amigos... Pero a ti casi ni te conozco, y así es mejor. Yo sé lo que me digo... Hace un rato, cuando llegué, todavía no estaba convencido, pero después me di cuenta de que tú eras la mejor persona posible... Entonces, ¿me prometes que no vas a escribirla ni a contársela a nadie?

De más está decir que, sin tener una idea clara de por qué lo hacía ni a lo que me exponía, le dije que sí y me comprometí con él. Si yo hubiera dicho que no quería oír ningún cuento o que no podía prometer que no saldría a contarlo ese mismo día, quizás toda esta historia, en sus detalles más profundos y sórdidos, se hubiera perdido con la muerte de Jaime López y del otro individuo que, según él, era el único que la conocía y tampoco iba a contarla. Pero repasando la suma imprevisible de coincidencias y los juegos del azar que me llevaron a estar sentado frente al mar, aquella tarde de noviembre, junto a un individuo que me había exigido una respuesta que me sobrepasaba, solo podría llegar a una conclusión: el hombre que amaba a los perros, su historia y yo, andábamos persiguiéndonos por el mundo, como astros cuyas órbitas están destinadas a cruzarse y provocar una explosión.

Después de escuchar mi respuesta afirmativa, el hombre bebió otro trago de café y encendió el cigarro que tenía en la mano.

–¿Alguna vez has oído hablar de Ramón Mercader?

–No –admití, casi sin pensarlo.

–Es normal –musitó el otro, con un convencimiento profundo y una pequeña sonrisa, más bien triste, en los labios–. Casi nadie lo conoce. Y otros hubieran preferido no conocerlo. ¿Y qué sabes de León Trotski?

Yo recordé mi contacto fugaz con el nombre y algunos momentos de la vida de aquel personaje turbio, medio desaparecido de la historia, impronunciable en Cuba.

–Poco. Que traicionó a la Unión Soviética. Que lo mataron en México –rebusqué un poco más en mi memoria–. Claro, que participó en la revolución de Octubre. En las clases de marxismo nos hablaron de Lenin, un poco de Stalin, y nos dijeron que Trotski era un renegado y que el trotskismo es revisionista y contrarrevolucionario, un ataque a la Unión Soviética...

–Veo que aquí os enseñan bien –admitió López.

–¿Y quién es Ramón Mercader? ¿Por qué debo conocerlo?

–Pues deberías saber quién fue Ramón Mercader –dijo y abrió una larga pausa, hasta que se decidió a continuar–. Ramón fue mi amigo, mucho más que mi amigo... Nos conocimos en Barcelona y después estuvimos juntos en la guerra... Hace unos años volvimos a encontrarnos en Moscú. Los tanques soviéticos ya habían entrado en Praga y todo el mundo volvía a hablar en voz baja –el hombre miraba al mar, como si tras las olas estuvieran las claves de su memoria–. La ciudad de los susurros. La última acción contra el deshielo de Jruschov, contra un socialismo que soñó que todavía podía ser diferente. Con rostro humano, decían... –recordó y se frotó el dorso de la mano cubierto por la banda de tela–. Volvimos a vernos, el día de la primera nevada del año 1968... Ramón tenía cincuenta y cinco años, más o menos, pero parecía tener diez, quince más. Estaba gordo, había envejecido. Desde la guerra no nos veíamos... –Enmudeció, como si meditara en todo aquel tiempo transcurrido.

–¿Cuál guerra?

–La nuestra. La guerra civil española.

–¿Y se encontraron así, por casualidad? –ya me había picado la curiosidad.

–Fue como si de alguna manera estuviéramos esperándonos y de pronto los dos saliéramos a buscarnos, precisamente ese día en que cayó la primera nevada del año en Moscú... –ahora sonrió al evocarlo, pero solo muchos años después entendería por qué en ese momento volvió a mirarse la mano vendada–. Nos encontramos en el malecón Frunze, donde él vivía, frente al parque Gorki. Ramón había engordado, ya te lo he dicho, pero además estaba muy blanco, y a otro que no fuera yo le hubiera sido muy difícil reconocer en aquel hombre el mozo del que me había despedido en una trinchera de la Sierra de Guadarrama, con el puño en alto, confiados los dos en la victoria –hizo una pausa y encendió otro cigarro–. Después, cuando Ramón y yo empezamos a hablar, descubrí que de aquella época tan hermosa, lo único que le quedaba, sin ninguna fisura, era la imagen de la felicidad. Una imagen que siempre había utilizado como un remedio capaz

de ayudarlo a sobrevivir. Y por eso, cuando decidió contármelo todo, me confió el sueño de su vida: más que nada en el mundo, deseaba volver a aquella playa catalana, al menos una vez antes de morir. Y creo que él ya sabía que se iba a morir...

Entonces el hombre que amaba a los perros, con la vista otra vez fija en el mar, empezó a contarme las razones de por qué su amigo Ramón Mercader recordaría, por el resto de sus días, que apenas unos segundos antes de pronunciar unas palabras que cambiarían su existencia había descubierto la malsana densidad que acompaña al silencio en medio de la guerra. El estrépito de las bombas, los disparos y los motores, las órdenes gritadas y los alaridos de dolor entre los que había vivido durante semanas se habían acumulado en su conciencia como los sonidos de la vida, y la súbita caída a plomo de aquel mutismo espeso, capaz de provocarle un desamparo demasiado parecido al miedo, se convirtió en una presencia inquietante cuando comprendió que tras aquel silencio precario podía agazaparse la explosión de la muerte.